

(Pablo se detiene un instante como si vacilara, luego dice:)

PABLO. (Mirar perdido mi anhelo,  
y no tener ni el consuelo  
de contemplarla dichosa!)

(Se adelanta á Dolores en actitud de ofrecerle el brazo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoración del acto primero. La puerta que comunica con el despacho de Gonzalo, segunda de la izquierda, estará cerrada al comenzar el acto.

### ESCENA PRIMERA.

LUIS y JUAN.

LUIS. ¿Y el marqués?  
JUAN. Hace un momento  
le ví entrar en su despacho.  
LUIS. ¿Está sólo?  
JUAN. No, señor.  
LUIS. ¿Quién le acompaña?  
JUAN. Don Cándido.  
Vino con unos papeles;  
me preguntó por el amo,  
salió éste: hablaron muy quedo,  
y allá dentro se encerraron.  
(Señalando la segunda puerta de la izquierda.)  
LUIS. (El pagaré.) ¿Y la señora?  
JUAN. Pues también sola en su cuarto  
muy afligida y muy triste.  
LUIS. ¿Triste? (Con interés.)  
JUAN. Desde que ha llegado  
á esta casa ese marino,  
no pone tregua á su llanto.

LUIS. ¿Quién dices?  
 JUAN. El compañero  
 del señor marqués: don Pablo.  
 Ayer almorzaron juntos,  
 y desde ayer no ha cesado  
 la señora de sufrir.  
 (Luis que ha seguido con interés las explicaciones  
 de Juan, sonríe y hace un gesto negativo.)  
 LUIS. (¿Desde ayer?... En mi relato  
 está la causal! Ya duda...  
 Esta es la ocasión: ¿qué aguardo?)  
 (Alto á Juan.)  
 Ve á decirle que he venido  
 y que la estoy esperando.  
 (Sale Juan por la puerta de la izquierda.)  
 ¡Al fin mi anhelo se logra!  
 Si cede, mi dicha alcanzo;  
 si no cede, tendré al menos  
 un consuelo, el de haber dado  
 amarguras por desdenes  
 y rencores por agravios.

## ESCENA II.

LUIS y DOLORES.

DOL. (Por la primera puerta de la derecha.)  
 ¿Qué me quieres, Luis?  
 LUIS. Dolores...  
 ayer pretendía en vano  
 desvanecer las sospechas  
 á que mi imprudente labio  
 dió motivo... ¡Ojalá nunca  
 hubiese llegado á tanto!  
 DOL. Si no mentiste en decirlo,  
 ¿qué mal hubo? Por amargo  
 que sea lo que descubras,  
 es más horrible ignorarlo!  
 La verdad es la que pido,  
 ¡la que exijo de tus labios!  
 ¿Diste forma á la sospecha?...  
 ¡Dame pruebas del engaño!  
 LUIS. ¿Pruebas?... No es el encontrarlas

gran empresa y gran trabajo;  
 pues tan grave es su delito  
 y tan poco lo ocultaron,  
 que todo el mundo murmura;  
 y en todas partes hay algo  
 donde dejan sus traiciones  
 las señales de sus pasos.  
 Pregunta y pronto sabrás  
 que Mercedes y Gonzalo  
 te venden.  
 DOL. ¿Pero es posible?  
 ¿Y en qué su crimen fundaron?  
 LUIS. Él, en su pasión, que no halla  
 otro lugar ni otro espacio  
 que Mercedes, y ella en toda  
 la dicha que le has robado.  
 DOL. ¿Que yo le robé su dicha?  
 LUIS. Al unírte con Gonzalo.  
 Ella le amaba: vengarse  
 es su afán, y por lograrlo,  
 ni los crímenes la arredran  
 ni el deshonor le da espanto.  
 DOL. ¡Vengarse de mí!... ¿Por qué,  
 si yo su amor ignorando,  
 el sacrificio de mi alma  
 hice entonces?  
 (Con desesperación y sin darse cuenta de lo que  
 dice.)  
 LUIS. (Con alegría.) ¿Por acaso,  
 no amas á tu esposo?  
 DOL. ¿Cómo!...  
 ¿Qué dices?  
 (Como arrepentida de sus anteriores palabras.)  
 LUIS. Creí escucharlo  
 de tus labios.  
 DOL. (Con energía.) ¡Pues mintieron  
 si á tal extremo llegaron!  
 ¡Mentí al decirlo! ¡Le amaba  
 entonces!  
 LUIS. ¿Y ahora? (Con ansiedad.)  
 DOL. (Después de vacilar un momento.)  
 ¡Le amo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

32787

- también! Á pesar de todo  
necesito amarlo, y trato  
de triunfar de su desvío.
- LUIS. ¿Triunfar?... ¡Lucharás en vano!  
Las redes que le aprisionan  
no se rompen. ¡Ha llegado  
por ella á todo! ¡Su nombre,  
su porvenir, el escándalo...  
nada le importa!
- DOL. ¡Imposible!  
Caerá, pero no tan bajo.
- LUIS. ¿Eso piensas?... Desconoces  
las fuerzas de tu adversario.  
No le basta con robarte  
su afecto; necesita algo  
más todavía.
- DOL. (Con desesperación.)  
¿Qué más puede  
querer?
- LUIS. ¡Deshonrarlo!
- DOL. ¿Qué dices?
- LUIS. Que tu marido  
está por ella arruinado;  
que ella aumenta en sus deseos;  
y que él, dispuesto á acatarlos,  
hasta tu propia fortuna  
compromete.
- DOL. ¿Qué? (Sorprendida.)
- LUIS. En tus manos  
tienes la prueba.
- DOL. ¿Qué prueba?
- LUIS. ¡La más grandel! ¿No has firmado  
una escritura en que otorgas  
tus derechos á Gonzalo  
para que use de tus bienes  
á su placer?
- DOL. Sí.
- LUIS. ¿Un contrato  
de cesión?
- DOL. Sí.
- LUIS. Pues hoy mismo  
de tus bienes habrá usado

- tu marido torpemente,  
para dar con ellas pago  
á un capricho de su amada.
- DOL. ¡Oh! ¡no! (Negándose á creer lo que dice Luis.)  
Es imposible tanto  
rebajamiento.
- LUIS. ¡Lo exige  
Mercedes! Con sus extraños  
deseos, de tu fortuna  
dará fin, arrebatando  
la dignidad á tu esposo;  
y cuando llegue ese caso,  
cuando todo esté perdido,  
Mercedes se habrá vengado.  
¡Él será capaz!...
- DOL. ¡Por ella
- LUIS. de todo!
- DOL. ¡Nunca! ¡Eso es falso!  
Puede olvidar mi cariño  
á impulsos de un insensato  
delirio; pero ultrajarse  
de tal suerte, desgarrando,  
no mi dignidad, la suya,  
sus deberes de hombre honrado...  
¡Nunca!... ¡Ni yo he de creerte  
ni él puede llegar á tanto!  
¡Dí que no es verdad!
- LUIS. Me ofrezco  
á mostrarte hechos tan claros  
que la sombra de una duda  
no ha de venir á empañarlos.
- DOL. ¿Y dónde?
- LUIS. En lugar seguro,  
donde contemples probado  
con la traición de tu esposo,  
lo cierto de mi relato.
- DOL. ¿Lo probarás?
- LUIS. Al instante  
si quieres seguirme.
- DOL. Vamos.
- LUIS. Por aquí. (Señalando la segunda puerta derecha.)  
(¡Ya le desprecias!

¡De lo demás yo me encargo!

(Salen Luis y Dolores por la segunda de la derecha. Al hacerlo, se abre la segunda lateral izquierda y aparecen por ella D. Cándido y Gonzalo. Los dos con los sombreros en la mano como si se dispusieran á salir de la casa.)

### ESCENA III.

GONZALO y D. CÁNDIDO, al final MERCEDES  
por el foro.

GONZ. Conque...

CAND. La cosa es segura  
y fácil de hacer. El día  
en que haya otra garantía,  
se rescata la escritura.

GONZ. No hay peligro.

CAND. Sólo hay uno;  
y ese, pagando antes, cesa.

GONZ. ¿Sin que sufra la marquesa  
ningún perjuicio?

CAND. Ninguno.  
Ella en esta operación  
no ha de padecer quebranto.  
Se trata de un adelanto  
y no de una sustracción.

GONZ. Solo con esa evidencia  
pude yo aceptar.

CAND. Claro es.  
(¡Qué bien sabe el interés  
disculpar á la conciencia!)

GONZ. Y ahora, ¿qué es preciso?

CAND. Nada  
de importancia capital.  
Tenemos lo principal:  
la escritura está firmada  
y de invalidez no peca.  
Falta para concluir,  
el tiempo que ha de invertir  
la inscripción de la hipoteca,  
y que, cuando se rebaje

el tanto del primer mes,  
cubra usted el interés  
y me abone el corretaje.

GONZ. (¡Por fin!) (Alto y como si dudara todavía.)

¿Y no habrá temor

de que cualquier incidente  
pudiera hacer más urgente  
el reembolso?

CAND. No, señor.  
El plazo es fijo.

GONZ. Mis bienes  
para entonces libraré,  
y con ellos pagaré.

CAND. (¡Mucha confianza tienes!)  
¡Pero á qué preocuparse  
si eso no puede ocurrir,  
y el pago se ha de cubrir  
sin que llegue á terminarse  
el plazo!

GONZ. Porque lo creo;  
porque de ello estoy seguro,  
hice lo que bice, y le juro  
que ahora es mi único deseo  
cancelar con la escritura  
una firma que no es mía,  
y que ya no volvería  
á aceptar.

CAND. ¡Claro! (¡Locura!  
Lo mismo, no una vez, cien  
has de hacer, si hacerlo puedes.  
No dirá doña Mercedes  
que no la he servido bien.)  
(Á Gonzalo que parece altamente preocupado.)  
¿Usted vuelve pronto?

GONZ. (En ademán de dirigirse al fondo.) Sí.

CAND. Yo termino en un momento,  
y en cuanto de cumplimiento...

(Se dirigen los dos hacia la puerta del fondo: antes de que lleguen á ella, aparece en la misma Mercedes, que sonrío con satisfacción al ver á don Cándido.)

MERC. Gonzalo... (Á D. Cándido.)

GONZ. ¿Usted por aquí?  
 (¡Mercedes!)  
 MERC. Perdón, señores;  
 pero al entrar he sabido  
 que había con Luis salido  
 hace un instante Dolores,  
 y aquí á esperarla me he entrado.  
 Si estorbo... (Haciendo ademán de retirarse.)  
 Concluí ya.  
 GONZ. (Hace una indicación á D. Cándido para que se  
 retire. Éste lo verifica.)  
 CAND. Hasta luego.  
 (En voz baja, al pasar por el lado de Mercedes.)  
 (Todo está  
 perfectamente arreglado.)  
 (Al llegar á la puerta del fondo, dico aparte por  
 Gonzalo.)  
 (Lo dicho: llegará al fondo,  
 y yo cobro mi interés  
 de treinta por ciento al mes.  
 ¡Es un negocio redondo!)

### ESCENA IV.

MERCEDES y GONZALO.

Gonzalo queda en un ángulo de la sala en actitud preocupada.

MERC. ¿Salías?... (Dirigiéndose hacia Gonzalo.)  
 GONZ. (¡La duda abrasa  
 mi razón!)  
 MERC. (Extrañada de la actitud de Gonzalo.)  
 ¿Qué es lo que tienes?  
 GONZ. (¡Yo comprometer sus bienes!...)  
 MERC. (Acercándose á Gonzalo.)  
 ¿No me escuchas? ¿Qué te pasa?  
 GONZ. ¡Déjame! (Con acento contrariado.)  
 MERC. ¿Á qué esa aflicción,  
 donde mi ruego se estrella?  
 GONZ. ¡No me preguntes! (Con desaliento.)

MERC. (Como si comprendiera la respuesta de Gonzalo.)  
 ¡Por ella!  
 (Gonzalo vuelve la cabeza sin responder.)  
 ¡Responde!  
 GONZ. ¡Por mi traición!  
 MERC. ¡No digas tal! Di que hastiado  
 de un amor ya satisfecho,  
 quieres robarme el derecho  
 que con mi amor he ganado,  
 y buscas en un deber  
 que tardaste en recordar,  
 motivos para alejar  
 de tu lado á esta mujer.  
 GONZ. ¿Qué dices?... ¡Perderte! ¿Á tí?...  
 (Ademán afirmativo de Mercedes.)  
 ¡Eso nunca! ¡No! ¡no acabes!  
 ¿Por qué me hieres, si sabes  
 que no existen para mí  
 otra ventura mayor,  
 ni otra gloria, ni otros lazos,  
 que los que forman tus brazos  
 cuando me brindan tu amor?  
 Si á trueque de merecer,  
 no lo que merezco, nada,  
 ¡un suspiro, una mirada  
 tuyos!... ¡mi fé, mi deber,  
 mi vida, lo más sagrado  
 que existe te ofrecería,  
 y, al dártelo, creería  
 que nada te había dado!  
 MERC. ¡Gonzalo! (Con cariño.)  
 GONZ. (Con pasión.) ¡Pídelo, sí,  
 cuanto quieras exigirme,  
 y no vuelvas á decirme  
 que yo me olvido de tí.  
 MERC. (Con acento de rencor y de duda.)  
 ¡Sufres por ella!  
 GONZ. Ultrajada  
 se encuentra... ¡Porque es forzoso,  
 si yo quiero ser dichoso,  
 que sea ella desgraciada!  
 MERC. ¿Ella desgraciada? ¡No!

¡Compasión?... ¿De qué tenerla?  
Si alguien puede merecerla  
de tí, no es ella; ¡soy yo!

GONZ. ¿Tú? (Con sorpresa.)

MERC. ¡Yo, sí! ¿Quién más dichosa  
de las dos en este duelo?

¿Quién más falta de consuelo  
en el mundo?... ¡Ella es la esposa,  
la dueña de la opinión,  
por las gentes respetada;  
yo, la mujer deshonrada,  
indigna de compasión!

¡ella, el ángel sin mancilla:  
yo, la que á su bien se oponel  
¡una, la ley que se impone:  
otra, el crimen que se humilla!  
¿Cuál padece más por tí?  
¿Cuál devora sus afrentas?

¡Si de alguien tener intentas  
lástima, tenla de mí!

GONZ. ¡Oh, sí! ¡Mercedes! ¡No ignoro  
lo que mi amor te ha costado!

¡que por mí has abandonado  
fama, porvenir, decoro!  
¡que nada puede romper  
el lazo ardiente y estrecho  
que une tu pecho á mi pecho;  
que tuyo siempre he de ser;  
que olvidarte no podría,  
porque eres mi vida entera!...

Mas si Dolores supiera  
nuestra traición... ¿qué diría?

MERC. ¿Te acobarda su pesar?

GONZ. (Con temor.)  
Si eso llegara á ocurrir...

MERC. ¿Y qué pudiera decir  
mujer que no sabe amar?  
Derramaría su llanto  
por su nombre, por su fama...  
¿Por amor?... ¡Ella no te ama!  
¡Y yo en cambio te amo tanto,  
Gonzalo, que antes de verme

sin tu amor, lo intentaría  
todo!

GONZ. ¡No!

(Como aterrado por las últimas palabras de Mercedes.)

MERC. (Con decisión.) ¡¡Apaz sería  
de perderte y de perderme!

GONZ. ¿Y el mundo?

MERC. ¡Le desafío!

¿Crees que valor me falta  
para decirle en voz alta:  
—«Me deshonro, pero es mío?»

GONZ. ¡Ah, no! ¡Que tu pecho guarde  
el secreto! ¡Ten en cuenta  
que eso es la infamia! ¡la afrenta  
para nosotros!

MERC. (¡Cobarde!)

(Alto y variando de tono.)

Lo que me exijas, haré.

Tu voluntad es sagrada.

Dolores no sabrá nada:

todo se lo ocultaré

si tú lo mandas.

GONZ. ¡Por tí,

por ella, por nuestro honor...

que el mundo ignore este amor!

MERC. ¿Acaso no lo hago así?

¿No guardo mi odio en mi pecho?

¿No la finjé mi amistad?

¿No la oculto la verdad?

¿No devoro mi despecho?

¿No distraigo su inquietud

cuando hacia tí la dirige?

¡Juntas siempre! (Con odio.)

GONZ. Así lo exige

nuestra dicha. La virtud

que el mundo avalora más,

es la astucia en el pecado.

¡Su amiga: siempre á su lado!

que ella no dude jamás.

MERC. Basta conque tú lo quieras.

¡Hey mismo vengo á buscarla

con objeto de llevarla  
esta tarde á las carreras.  
GONZ. ¡Mercedes!... (Con satisfacción.)  
MERC. Sí, ya lo ves:  
todo por tu amor lo entrego.  
Hoy al lado mío, y luego...  
(¡Luego rendido á mis piés!)  
os ofreceré un lugar  
en mi *break*.  
(Fijando su atención en la puerta del fondo.)  
Alguno viene.  
(Gonzalo se dirige á la puerta del fondo y mira  
por ella.)  
GONZ. Pablo.  
MERC. (¡Á mis planes conviene.  
Este me puede ayudar!)

### ESCENA V.

MERCEDES, GONZALO y PABLO por el fondo.

GONZ. ¿Tú? (Estrechando la mano de Pablo.)  
PABLO. Apresurar he querido  
mi visita, porque quiero,  
y en algo lograrlo espero,  
pagar como agradecido  
las bondades que os debí;  
y porque acaso esta sea  
la última vez que te vea.  
GONZ. ¡Qué!... ¿Piensas dejarnos?  
PABLO. Sí.  
GONZ. No lo pensabas ayer.  
PABLO. Puede; pero lo pienso hoy.  
GONZ. ¿Y volverás?  
PABLO. Si me voy,  
será para no volver.  
MERC. Y no hay para tal mudanza  
causa ó razón.  
PABLO. No.  
GONZ. ¡Es extraño!  
MERC. ¿Halló usted un desengaño  
donde puso una esperanza?

PABLO. No, señora.  
MERC. ¿No es así?...  
Entonces, tanto mejor.  
Yo suponía...  
PABLO. El amor  
no ha tenido para mí  
desengaños ni favores.  
GONZ. Bien; paso porque nos dejes,  
mas no es justo que te alejes  
sin saludar á Dolores!...  
PABLO. ¡Á Dolores!...  
GONZ. Ha salido;  
mas si quieres aguardarla...  
PABLO. Esperaré.  
MERC. Yo á buscarla  
hace un instante he venido;  
pero tarda. (Levantándose. Á Gonzalo.)  
Usted será  
portador de mi deseo.  
GONZ. Como usted lo mande.  
MERC. (Á Pablo.) Y creo  
que usted no se negará  
á unirse á la invitación.  
Yo se la hago muy de veras.  
PABLO. ¿Cuál?  
MERC. Venir á las carreras  
conmigo.  
PABLO. Esa diversión  
es á mis gustos extraña.  
Luego mi próximo viaje...  
MERC. Ofrezco á usted mi carruaje. (Con intención.)  
¡Dolores nos acompaña!  
PABLO. (¡Que dice!)  
GONZ. Por aceptado.  
PABLO. No es posible.  
MERC. ¡Bueno fuera  
negarse! (Bajo y casi al oído de Pablo.)  
(Hallaré manera  
de colocarla á su lado!)  
PABLO. (¡Mercedes!) (Con dureza y aparte.)  
MERC. (¡Nada se ignora!)  
PABLO. (¡Pero qué es esto, Dios mío!)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MERC. Hasta luego, amigo mío.  
 (En actitud de alargar la mano á Pablo: éste se inclina sin aceptarla.)

PABLO. Á los piés de usted, señora.  
 (Sale Mercedes por el fondo.)

### ESCENA VI.

PABLO y GONZALO.

GONZ. ¿Te alojas?  
 PABLO. ¿Y qué he de hacer?  
 GONZ. ¿Por qué razón?  
 PABLO. Sin razón.  
 Pero he tenido ocasión sobrada, de comprender que soy un ente especial, un soñador ignorante, una nota discordante en el concierto social. Con todos en pugna estoy, y al revés de todos obro; he conocido que sobro, y como sobro me voy.

GONZ. ¡Tienes miedo de ceder ante el mundo, en tu fiereza!  
 (Con acento irónico.)

PABLO. Miedo, no: tengo certeza de no poderle vencer.

GONZ. ¿Y huyes?  
 PABLO. Huyo por temor de caer en una emboscada, donde deje aprisionada la integridad de mi honor.

GONZ. ¿Por qué dejarla?  
 PABLO. (Con amargura.) ¿Por qué?... ¡Ahí verás!

GONZ. También guardamos nuestro honor, los que pensamos de otro modo.

PABLO. Ya lo sé.  
 Un honor que vive y nace entre mútuas concesiones,

que al par de vuestras pasiones se acrecienta ó se deshace: rápida fosforescencia cuya luz irregular nos dice que ha de brillar sobre un muerto: ¡la conciencia! Sentimiento de ocasión; deber acomodaticio; el pasaporte del vicio; ¡un honor de quita y pón!

GONZ. (Con tono de reproche.)  
 ¿Qué dices?

PABLO. Que no me atranco cuando me obligan á hablar: tomé lecciones del mar y él es rudo, pero es franco!  
 (Gonzalo hace un ademán de impaciencia.)  
 ¿Me he equivocado?... contesta.  
 ¿Me engaño tal vez?

GONZ. Un poco.

PABLO. ¿Te ofendí?

GONZ. No ofende un loco.

PABLO. Esperaba la respuesta. (Con ironía.)  
 ¿Es locura lo que siento?

GONZ. Locura de tal jaez que busca la rigidez donde reina el movimiento, sin pararse á contemplar que las humanas acciones, sujetas á variaciones de circunstancia y lugar, son lo que las dejan ser la pasión ó el egoismo.

PABLO. ¿También el deber?

GONZ. Lo mismo.

PABLO. Yo imaginaba el deber como un seguro lugar que las pasiones no alcanzan; como esas rocas que se alzan desde los senos del mar á las lindes del celaje y entre las demás descuellan,